



Homo Vegetus

El presente documento ha sido transcrito y editado por el equipo de Homo Vegetus,

<http://www.homovegetus.cl>

El Dios de la Sabiduría ante Buda

Extracto de Yang tsé, por Niko Kazantzakis

Transcrito por Alejandro Ayala

¡Oh entendimiento – alzó la voz el Mandarín-, dios nacido último, ojo puro, infalible! De nuevo se rebelaron los elementos, rompieron las cadenas, se espantaron por el caos y derribaron las fronteras de la lógica. Señor, se embriagaron y se extraviaron las certezas; se adornaron los números con plumas suntuosas, cual papagayos. Clamo, ordeno, pero mi voz rebota sobre el caos y me golpea como una piedra. Sostengo en mis manos las grandes llaves de la lógica, pero cierro, destierro y desordeno el aire; ¡baja, Entendimiento todo poderoso, y pon orden en el caos!

El dios de cabeza hueca de la sabiduría llega, se inclina, palpa la tierra, husmea, rebusca por las tumbas. Se detuvo sorprendido, mira en su torno; se ha cogido y aunque quiere ya no puede huir.

¡Bienvenido –dijo Mogalano-, bienvenido la fierecilla recién nacida de la soberbia humana! ¡Vacilan tus piececillos, se enchuecan tus rodillitas, te desvías, tropiezas, no puedes levantar tu cabeza de calabaza, pesada cual la del elefante! Tus testes, desdichado dios de la sabiduría, se han secado; tu falo se ha arrugado y cuelga como manzana pasada de madura. Tu corazón es una bolsa de preguntas: “¿De dónde? ¿Para dónde? ¿Por qué?” No temas: sí, sí, soy yo, ¿te acuerdas de mí? Soy Mogalano. Un día penetré en tu reino por charlar contigo. ¡ibas ufano adelante y me mostrabas tu palacio! “Estas cosas, mis jardines, mis pavos reales, mis surtidores, mis blandos lechos, mis mujeres, mis hijos, mis esclavos... Y estas otras en todo el contorno, mis bodegas desbordantes...” Y yo, mientras tú, oh gallo, cantabas, cavilaba: “¡Muy impúdicamente vive este dios!” Y cuando, oh dios de la sabiduría pensé “Muy impúdicamente vive este dios”, produje un sismo y derribé tu Palacio. Pero Ahora, he aquí que volviste a tomar ánimo y viniste a esta santa asamblea ¿qué quieres?

¡Marcharme! –confesó el dios de la sabiduría- ¡Marcharme!

¿Te ha sorprendido esto? –inquirió Mogalano.

Me ha sorprendido –asiente el dios. ¿Qué mundo es éste? ¿Qué rebelión es? ¡Las leyes criaron alas y se marcharon! Cojo un guijarro para medirlo y no puedo tomar medida, pues mientras lo toco crece y se ensancha, se hace menos denso, se vuelve, ¡ya una nube, ya un pavo, hinchado cual noble señor, ya un barco de velas desplegadas que navega sobre la tierra! ¡Marcharme! ¡Marcharme! En vano cargué mis herramientas: el metro, el compás, el nivel, la escalera, los andamios... ¿quién me llamó?

Yo te llamé, Señor –respondió el Mandarín-; yo, tu siervo fiel, ¡que guardo la Crónica de la Humanidad! ¡Señor, Señor, salva al mundo! ¡Mira, bajo el Árbol Buda está sentado, tranquilo, inmóvil, el altivo y rebelde Pensamiento, y enrolla al mundo en el carretel de su fuerza! ¡Alza tu voz omnipotente, Señor, y conjúralo! ¿No mantienes tú, Señor, eternamente tenso el arco de la verdad? ¡Arrójale la saeta mortal!

¡No grites –respondió el dios-; déjame marcharme! Mis saetas necesitan hallar carne para matar. De otro modo, se pierden. ¿Cómo luchar con el aire? ¿Cómo herir los sueños?

¡Si no puedes herir los sueños –concluyó el Mandarín-, estamos perdidos, Señor!

Ah, el cerebro cuadrado y sin alas no halló aquí suelo sólido y no puede caminar –declaró Mogalano. Subió al piso superior y siente vértigos. Pues Buda no es carne para comerlo; no es piedra para construir con él. Un abismo compasivo es Buda, más allá del cerebro, más allá de tus escalas y niveles ¡Oh avaricioso depositario de la sabiduría, cosido con finísimo hilo! ¡Oh burbuja, subiste muy alto, llegaste hasta los pies de Buda, en una brisa muy leve, y reventarás! ¡Ajá! ¡Reventaste, te vaciaste, te aliviaste! ¡Una pompa era tu cabeza gigante!

Se acabaron, se desvanecieron los andamios, las escaleras, los niveles del dios de la sabiduría. Se volvieron mariposas y aletean alrededor de los hombros de Buda. Se volvieron un abanico multicolor y fresco y abanicán a Buda.

Kazantzakis, Niko (1983); Yang Tsé (Buda); Editorial Carlos Lohlé; Buenos aires.